

EL ESCRITOR EN LA PRENSA: LUIS ORREGO LUCO COMO EDITORIALISTA DE LA REVISTA *SELECTA**

Jaime Galgani Muñoz

RESUMEN

Luis Orrego Luco, reconocido escritor chileno de las primeras décadas del siglo XX, como editor de la Revista *Selecta* (1909-1912) redacta para cada uno de los 48 números editados una editorial titulada "Hechos y notas". En dichas páginas es posible advertir la presencia de un género híbrido que transita entre la columna de opinión y el artículo periodístico. El propósito de este trabajo es problematizar las características del discurso del escritor legitimado y la negociación que efectúa entre su voz personal y la voz institucional de la revista que representa. Analizando algunas de las columnas de su autoría, se intenta demostrar la hipótesis de que, valiéndose de su posición en el campo cultural, institucionaliza sus preocupaciones personales para transformarlas en una suerte de proyecto cultural para Chile en la víspera y los inicios del segundo centenario de vida republicana.

Palabras clave: columna de opinión, editorial, primer centenario, Revista *Selecta*, Luis Orrego Luco.

THE WRITER IN THE PRESS: LUIS ORREGO LUCO LIKE PUBLISHER OF THE JOURNAL *SELECTA*

ABSTRACT

Luis Orrego Luco, recognized Chilean writer during the first decades of the 20th century, and editor of *Selecta* magazine (1909-1912) writes for each of the 48 published number an editorial entitled "Hechos y notas". In these pages, it is possible to notice the presence of a hybrid genre that travels between the op-ed and the newspaper article. The purpose of this paper is discussing the speech characteristics entitled writer and negotiation that takes place between his personal voice and the institutional voice of the magazine that represents. Analyzing some of the columns of its authorship, attempts to prove the hypothesis that, using its position in the cultural field, institutionalized their personal concerns to transform them into a kind of cultural project for Chile on the eve and the beginning of the second centenary of Republican life.

Keywords: opinion column, editorial, First Centenary, *Selecta* magazine, Luis Orrego Luco.

Recibido: 04 de marzo de 2014

Aceptado: 15 de marzo de 2014

* El presente artículo forma parte de las investigaciones del proyecto FONDECYT N°1130400 "Literatura chilena y proyecto cultural en revistas de inicios del siglo XX (1900-1910)". Basado en ponencia presentada en el IV Congreso internacional CELEHIS de Literatura. Mar del Plata, Argentina, noviembre de 2011.

INTRODUCCIÓN

Desde el día de su fundación, Selecta ha tenido como propósito servir al arte en todas sus manifestaciones.

Luis Orrego Luco

La Revista *Selecta*, dirigida por el escritor Luis Orrego Luco, está presente en la escena cultural chilena entre los años 1909 y 1912. Corresponde a una de las publicaciones generadas por la prolífica editorial Zig-Zag. Tiene la particularidad de estar dedicada totalmente a la literatura y las artes, con el fin de reflejar lo que Orrego Luco comprendía como “el tan bullente escenario cultural y artístico de principios de siglo XX” (DIBAM, online). Como publicación, disfruta del apoyo económico y el aparataje editorial de la empresa liderada por Agustín Edwards Mac Clure; no sufre, por tanto, las vicisitudes de las pequeñas revistas que la precedieron en la primera década del siglo XX, como es el caso de *Instantáneas*, *Luz i sombra*, y *Pluma i Lápiz*, semanarios independientes asociados a sectores culturales reducidos que, aun contando con un alto capital específico, no disponían de los recursos suficientes para la realización de una empresa de gran envergadura. A diferencia de ellas, sin embargo, debe tributar un alto grado de compromiso con el sector que representa. Por este motivo, sus propósitos fundamentales están orientados a recepcionar la alta cultura en sus diversas manifestaciones y a presentar, de algún modo, el proyecto nacional en que se ve involucrado Chile en vísperas de la gran celebración del primer centenario de su independencia.

De este modo, es posible advertir en su lectura algo más que un simple escaparate de las diversas tendencias artístico-culturales del momento y de sus principales exponentes, pues lo que hay detrás de su cuidadosa factura y numeroso tiraje es un intencionado proyecto que tiene como objetivo inscribir la modernidad chilena en acuerdo con la tradición ilustrada dominante e instalarla en la vitrina occidental de la que participan las naciones desarrolladas. Según Bernardo Subercaseaux (2003), hay cuatro balances que se deben a considerar a fines del primer centenario republicano chileno. De ellos, el primero es el que realiza la cultura ilustrada a la que pertenecían exponentes destacados como Daniel Barros Grez, Eduardo de la Barra, Valentín Letelier, el mismo Luis Orrego Luco y otros. Ellos son los que dominan los principales escenarios culturales del momento: las universidades, la prensa, las bibliotecas, es decir, “la alta cultura”, cuyos componentes estaban determinados por el concurso de la razón, la educación, la ciencia, la industria, el periodismo moderno de gran alcance. Para ellos, la causa de la crisis de entre-siglos radicaba en la deficiente asunción de una perspectiva de desarrollo vinculada más enérgicamente a una visión positivista y de progreso¹.

¹ Ver Subercaseaux, 2003, páginas 165-171.

Aunque pertenecían a las clases sociales heredadas de la oligarquía decimonónica, no dejan de criticarla por su afán de dinero rápido con la especulación, por sus prácticas corruptas y por la carencia de una mayor honestidad e integridad en los asuntos relacionados con la conducción de las instituciones y el manejo de los bienes económicos. Esta visión crítica encontró su expresión, entre otros medios, en algunas obras narrativas; el mismo Orrego Luco debió sufrir la sanción de su propia clase al publicar *Casa Grande*, novela en que se ponen en evidencia algunas de las problemáticas mencionadas anteriormente. Se desprende de este balance que, para los representantes de la alta cultura, el país debía inscribirse más decididamente en la línea de progreso que llevaban adelante las naciones que eran objeto de continua admiración e imitación. De este modo, junto al impulso de grandes obras como la Biblioteca Nacional y el Museo de Bellas Artes (que simbolizan el desarrollo cultural de la segunda década del siglo XX), era necesario realizar esfuerzos significativos en la línea de acercar a la creciente población lectora a las grandes obras, movimientos y autores representativos del arte y la literatura. Para eso nace *Selecta*. Las condiciones circunstanciales estaban dadas para ello: creciente desarrollo de la prensa, progresiva inserción de la producción artística nacional en los escenarios extranjeros, numerosos escritores y artistas conocedores de la cultura europea gracias a sus extensos y conocidos viajes. La revista circuló regularmente durante cuatro años, destacándose por su vitalidad durante el segundo período, correspondiente a 1910, el año del centenario. Posteriormente, fue languideciendo a causa de la disminución de colaboraciones, concluyendo finalmente, en 1912 con la incorporación de traducciones de artículos publicados en otros países.

Su director, Luis Orrego Luco (1866-1948), participa de la escena cultural desde muy temprano. En 1887, recibe el título de abogado, incursiona periodísticamente en los diarios *La Época* y *La Libertad Electoral*, pertenece al círculo de Pedro Balmaceda Toro y concurre a las tertulias que este organizaba en el Palacio de La Moneda, donde participaba Rubén Darío, publica reconocidas obras en el ámbito de la narrativa y de la política, asume roles de representación diplomática, fue Director de la Escuela de Bellas Artes, publicó sus crónicas en varios periódicos del país, tuvo contacto directo con la cultura europea gracias a sus viajes, lecturas y contactos. En síntesis, cuenta con condiciones sobradas para liderar el proyecto de la revista que se le encarga. La columna que escribe en ella, mensualmente, "Hechos y notas", exhibe su diagnóstico y su visión con respecto a las cuestiones que le preocupaban y constituye un buen *corpus* para la comprensión de su proyecto.

El propósito de este artículo es problematizar las características del discurso del escritor legitimado y la negociación que efectúa entre su voz personal y la voz institucional de la revista que representa, teniendo en cuenta el sector cultural al que Orrego Luco pertenece, por un lado, y su vinculación con la tradición crítica modernista de inicios del siglo XX en Chile, por otro. Analizando algunas de las columnas de su autoría, se intenta demostrar la hipótesis de que, valiéndose de su posición en el campo cultural, institucionaliza sus preocupaciones

personales para transformarlas en una suerte de proyecto cultural para Chile en la víspera y los inicios del segundo centenario de vida republicana.

1. LA NATURALEZA DEL GÉNERO “COLUMNA EDITORIAL”

En términos generales, desde la óptica periodística, “el editorial” se entiende como:

un artículo de opinión cuya autoría no es conocida; su objetivo: recoger el sentir institucional y colectivo de un periódico o revista. Su carácter institucional otorga a este tipo de artículos una gran trascendencia pública. Es decir, los lectores pueden conocer la opinión abierta y directa del medio sobre distintos temas de actualidad, así como sus planteamientos ideológicos implícitos (Gargurevich 156).

Por otro lado, dentro de los distintos géneros periodísticos, se habla de “Artículo” como una denominación genérica que analiza Rafael Yanes Mesa (2004), recogiendo el aporte de varios estudiosos, según los cuales se pueden desprender las siguientes características: 1) para algunos autores, el artículo es un “término que responde a una concepción globalizadora de todos los textos de opinión, que [en el contexto de los otros géneros periodísticos, se caracteriza en que] la libertad expresiva y la libre estructura formal son su sello de identidad”. 2) Para Luis Alberto Hernando Cuadrado, el artículo es “un comentario interpretativo de la actualidad”. 3) Amando de Miguel insiste en su naturaleza efímera, en cierto modo dependiente del impacto de una noticia determinada; 4) Martínez Albertos afirma que lo importante de estas columnas no es que se utilicen hechos “como materia prima esencial, sino la emanación ideológica que es producida por tales sucesos” (Cfr. Yanes Mesa 1-2).

El caso particular de estas columnas editoriales escritas por Orrego Luco, sin duda problematiza la cuestión de su identidad genérica: ¿Son artículos de opinión? ¿Son editoriales institucionales? Pues bien, por el hecho de estar firmadas con un nombre propio, por asumir la voz personal de un escritor reconocido cuyas férreas convicciones son intransables, por la variedad temática y por su factura textual ensayística, se puede argumentar que se trata de artículos o columnas de opinión. Por el hecho de representar la línea oficial de la revista, se trata del género “editorial”. He aquí, entonces, la naturaleza híbrida de estos textos en los cuales se van cruzando en forma permanente dos voces: la de Orrego Luco y la de la Revista; un proyecto colectivo que se personaliza o un proyecto personal que se institucionaliza. La cuestión clave es que el emplazamiento ideológico del proyecto encuentra en este escritor un representante idóneo. La lectura de sus editoriales/columnas permite entender cómo se particulariza, para Chile, el sueño de una modernidad completa, sus características, y sus desafíos; todo, a un siglo de vida independiente.

2. DIAGNÓSTICO Y PROYECTO: HACIA UNA MODERNIDAD PLENA

En las siguientes páginas se presentan y comentan algunas editoriales de *Selecta*. Han sido escogidas en razón a que las temáticas planteadas sugieren líneas fuerza relacionadas con el diagnóstico que Orrego Luco hace con respecto a la modernidad deficitaria que el modelo chileno representa en torno a 1910, así como también identifica aspectos relacionados con la superación de dichas deficiencias. Es notable comentar que, en dichas páginas, se advierten fácilmente las facetas del hombre político y del escritor. Las huellas del hombre letrado se hacen ver con facilidad en la retórica delicada, limpia, y cultivada, con toques de humorismo y de ironía propios del arte de la disuasión. El tono escritural tiene la altura de una voz mayor; no es un Baldomero Lillo reclamando desde la caverna minera, no es un Pezoa Véliz hablando desde la vertiente orillera portuaria, ni tampoco es un D'Halmar cada vez más lejano, por entonces, en sus viajes de ultramar. Orrego Luco habla desde el centro, con el poco poder que le queda al oficio de escritor como oficiante de pasillos de palacio, pero con el abolengo de quien se sabe miembro de una aristocracia que reclama el mérito de una tradición que van perdiendo las nuevas generaciones artificiosas y superficiales y con la mirada de futuro de quien avizora el porvenir de un progreso sin límites.

1.1. Camilo Henríquez y su mirada fundacional

En efecto, la primera mirada clave que ofrece Orrego Luco en sus "Hechos y notas" es su comentario sobre la fundación de *La Aurora de Chile*. Lo hace en la edición fechada en marzo de 1912 (año 3, N°12) y poco después de celebrarse un centenario de su fundación, que tuvo lugar el 13 de febrero de 1812.

La personalidad del Fraile de la Buena Muerte, a Orrego Luco le parece atrayente por su carácter ilustrado. Un hombre que, desafiando quizás las leyes naturales, hizo un camino propio. Muy pronto se fue de su natal Valdivia a Lima, la metrópoli de entonces, para hacer sus estudios. Más por pobreza que por vocación, tomó los hábitos de fraile y, como tal, supo hacerse un lugar. Una vez de regreso en Chile, hace traer una imprenta que finalmente llega desde los Estados Unidos, y la primera hoja impresa fue precisamente la de esa *Aurora de Chile* que vino a ser "[l]a primera voz que vino á murmurar á sus oídos las palabras de libertad y de independencia"². Es decir, el primer periódico nace al mismo tiempo que nace la palabra impresa y, con ella, "las primeras palabras que balbuceaban los ideales de un pueblo que nacía á la vida de las naciones libres".

¿Qué era Chile antes de esa *Aurora*? Según Orrego Luco, no más que las sombras incivilizadas de una región vinculada a una prolongada guerra:

² Las citas pertenecientes a esta columna no van indicadas con número de página, pues todas pertenecen a la primera página de la Revista. Lo mismo se hará en otras columnas analizadas.

Durante cerca de trescientos años, la tierra de Arauco se había hecho célebre por su resistencia desesperada; los españoles con las armas en una mano y la azada ó el arado en la otra, habían fundado pueblos, abierto caminos, trazado carreteras y arrojado puentes sobre los ríos. Era como un campamento que avanzaba sobre la región de los bosques.

Y, si bien hasta entonces se había establecido la administración pública, la Real Audiencia, los Cabildos, el comercio, “nada tuvo su verdadera importancia hasta que vino á pronunciar su palabra mágica, desde las columnas de la “Aurora de Chile” el fraile de la Buena Muerte”. Su intervención letrada vino a ser la concreción de un ideario que algunos se habían atrevido a pronunciar en voz alta y que se convirtió, finalmente, en “la buena nueva de nuestro Evangelio político”, destinado a comunicarse a las muchedumbres con las fuerza de una gran idea, la cual es “la más poderosa de las fuerzas existentes”. Se había “trazado – desde ese día – una gran línea entre la época colonial que concluía y la República que comenzaba”.

Lo que el grito de independencia había sido en el Cabildo y en las asambleas, lo serían de forma más indeleble, en la prensa escrita, las palabras de Camilo Henríquez: “Que se diga algún día: La República, la potencia de Chile, la majestad del pueblo chileno”. Ese tono de estadista le hace sentir a Orrego Luco que “[c]ualquiera, al oírle, hubiera creído que se encontraba en presencia de los tribunos de la antigua Roma [...] como un eco perdido, al través de los tiempos, de las almas desterradas de los antiguos guerreros”.

Camilo Henríquez participa de un escenario donde había pocos hombres ilustrados (apenas una “media docena” según Orrego Luco) y en donde la “masa de nuestros hacendados y de los hombres que ocupaban rango social proeminente (sic), jamás había tenido un libro entre sus manos”. Así pues, el fraile de la buena muerte viene a ser la punta de lanza de un nuevo tipo de hombre político, es decir, el hombre letrado. Él inaugura el primer siglo de independencia y señalaba el camino para estadistas posteriores. Un líder político que tiene conocimientos avanzados de los ideales republicanos, que conoce con profundidad los acontecimientos de la Revolución Francesa, que “[e]n medio de una atmósfera moral estrecha y fanática, atrasada y vetusta, se presenta [...] lleno de ideas nuevas”. En efecto, su patriotismo no procede de un mezquino interés por salvaguardar intereses de casta o de familia (su condición clerical confirma que no tenía nada que ganar personalmente), sino de los principios que la razón ordena en cuanto al derecho que tienen los pueblos a su libre autodeterminación.

Con Camilo Henríquez comienza el primer siglo, el siglo de la nación letrada. Política, derecho, moral, literatura, van todas enlazadas en un mismo proyecto. Como tal, él señala un camino inequívoco y fundacional. Eso es lo que alaba con tanta fuerza y con tan encendido ardor la página de Luis Orrego Luco. Lo que este no dice, sin embargo, o posiblemente no advierte, es que, cuando él destaca las glorias simbólicas de Henríquez y cuando desea “[q]ue

renazcan sobre su tumba olvidada los laureles envejecidos por un siglo”, precisamente en ese tiempo, el estadista modelado por el fraile ilustrado está decayendo. Así, pues, las primeras décadas del siglo XX son décadas de separación: se separa el hombre político del literato, se separa el hombre de ciencias del hombre religioso, se separa la Iglesia del Estado, el jurista del economista, el militar del político. Camilo Henríquez sirvió para su época, porque aunaba en una sola persona la energía y la razón para un cambio. Y si hacia 1912 ya pertenece al pasado, no es solo por memoria ingrata de los chilenos, sino porque los tiempos efectivamente habían cambiado.

1.2. Tradición, modernidad y progreso

Luis Orrego Luco se enfrenta a la celebración inminente del primer centenario. La perspectiva de su balance comienza con una revisión del pasado que aún habita en medio de las instituciones y de la sociedad chilena cuestionando el valor que pueda tener su vigencia:

Una parte del alma de las generaciones que ya son polvo continúa viviendo en medio de nosotros, nos transmiten sus preocupaciones y sus gustos, junto con instituciones añejas y jerarquías basadas sobre antiguas costumbres y razones sociales, que ahora no obedecen a los motivos que la crearon (Selecta: año 1, n°11, febrero de 1910).

Instituciones “añejas y jerarquías basadas sobre antiguas costumbres y razones sociales”, desplazadas con respecto al valor de sus motivaciones iniciales, ya no son de interés para el país que considera que debe dar un paso definitivo a la verdadera modernidad. Lo que se ha considerado como tal hasta el momento no han sido más que progresos parciales, adornos de fachada, superficialidad y ostentación:

todos nuestros progresos vienen resultando así, algo cojos, y la vanidosa capital de Chile, como el personaje del cuento andaluz, cojea... Santiago debe convertirse, alguna vez, en ciudad del todo moderna, confortable y agradable, centro de civilización y de cultura (Selecta: año 1, n° 5, agosto de 1909).

Al parecer, Orrego Luco reacciona contra esa visión del progreso que considera que todo se agota en la lucha del hombre contra la naturaleza, reduciéndolo a los dominios de la ciencia y de la técnica. No hay verdadero cambio si no hay una transformación en el ser humano mismo, si no se supera la apatía y la indiferencia, y si no se abandona la pereza como actitud básica que, en su balance, parece ser una nota característica de la sociedad santiaguina: “la sociedad de Santiago lleva ordinariamente una vida apática y perezosa, como si continuase la perezosa y soñolienta existencia de la colonia” (Selecta: año 1, n° 9, diciembre de 1909).

Esa sociedad capitalina, en su entusiasmo decadente, es la que había contemplado algunos años antes Rubén Darío:

Santiago – afirma el poeta nicaragüense – es aristocrática. Quiere aparecer vestida de democracia, pero en sus guardarropías conserva su traje heráldico y pomposo; baila cueca, pero también la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la Colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos (Melfi, 1945: 82).

Una ciudad en la que coexistían las costumbres coloniales con los adelantos de una capital moderna que se había precipitado en su disipación y en su entusiasmo por las novedades europeas, dejándose llevar por un modelo de crecimiento que no parecía verdaderamente crítico, sino solo imitación. Así lo ve Augusto D’Halmar, cuando habla del cambio de siglo:

Finales de aquel XIX, comienzos de este XX. Pasar de la época de la tracción animal a la de la tracción eléctrica. Pasar de la época colonial casi, en que la vida santiaguina era íntima, era doméstica, a esta ampulosidad un poco desproporcionada y todavía un tanto disipada de la capital moderna de Santiago de Chile, que ha venido a reemplazar a aquel Santiago del Nuevo Extremo que era, hace 50 años, las calles, las gentes y las costumbres santiaguinas (D’Halmar 510).

Pero también un Santiago perezoso, como dice Orrego Luco, que necesita transformar, adoptando la actitud generosa y progresista de los pueblos del norte, del cual son admiradores algunos intelectuales de entre-siglos. La pereza es una compañera oportunista de tiempos de abundancia, como lo fue la época de la abundancia imperial de la España Católica y como lo fue la abundancia salitrera de las primeras décadas del siglo XX. Unamuno, en su ensayo “Mi religión”, ya impugnaba a los perezosos y decía que una buena obra de misericordia sería “despertar al dormido”. Para él, en efecto, el marasmo de España radicaba en su adormecimiento, en haberse quedado en la disipación de las riquezas, cuestión que muchas veces se confunde con progreso. Lo mismo trataba de expresar Machado con sus versos: “España miserable / ayer dominadora / envuelta en sus andrajos / desprecia cuanto ignora”.

Probablemente, contra esa confusión civilizatoria, se orienta el discurso de Orrego Luco, intentando dirigir su inquietud con el fin de movilizar a la sociedad chilena para trabajar en las causas que producen progreso verdadero y no superficial. Y, tal como lo hicieron los noventayochistas españoles, es decir mirando a la tradición olvidada, invita también a mirar al pasado como primer venero de información sobre lo que ha de ser el futuro de la nación chilena.

[C]onviene que se vea el pasado, que podamos estudiar nuestro propio origen detenidamente, y que no nos envanezcamos demasiado con la capa de civilidad que llevamos sobrepuesta (Selecta: año 2, n°1, abril de 1910).

1.3. Cerro de Santa Lucía: naturaleza domesticada

El paradigma civilizatorio ilustrado que, página tras página, parece seguir Luis Orrego Luco, no deja de considerar, como lo hacen otros comentaristas y escritores de la época, al cerro Santa Lucía como modelo del programa modernizador de Santiago. Lo es porque, básicamente, representa la victoria del hombre sobre la naturaleza, y de la civilización sobre la barbarie.

El conjunto del paseo, en su nota de septiembre de 1909, para Orrego Luco merece ser considerado como la más genial obra de Benjamín Vicuña Mackenna, quien “quiso mezclar la doble poesía de la naturaleza y del recuerdo; la que brota por sí sola del fondo oscuro de otras edades, asociadas á³ las tradiciones y á las leyendas, y la que nace límpida y espontánea de la grande obra de Dios – el más excelso de los artistas” (*Selecta*, año 1, n° 6). El cerro ofrece una perspectiva general de la ciudad, desde la que se contempla el San Cristóbal con su Virgen, los Andes y sus cadenas azuladas. El ser humano, sujeto de muchas ilusiones y frustraciones, puede “soñar (allí) con el más allá tras del cual corremos eternamente al través de las zozobras de la vida, lejos siempre de un ideal que eternamente huye de nosotros y eternamente nos abandona”. Sujeto de melancolías, de sueños, allí puede sentir cómo lo “llaman esas voces del misterio, de [las] que hablaba Víctor Hugo, con el sonar pausado y cristalino de las campanas que tocan el *Angelus* y que llaman á la meditación, al recogimiento, á la vida interior, al remordimiento pero también á la esperanza”. Su reflexión culmina expresando la unión que el hombre siente con el orden creado pues, en ese lugar y “en ese instante nos fundimos en la naturaleza y [...] la sombra nos envuelve en su manto – en ese manto prendido á veces con broches de estrellas”. Todo un cuadro de perspectivas románticas y religiosas encerrado en el marco urbano de la ciudad; un espacio organizado por la cultura moderna para que el hombre pueda dar curso a sus necesidades espirituales, pero siempre ordenadas por el juicio de la razón civilizadora que se ha servido de un trozo de naturaleza para prepararlo con el fin de surtir los efectos propicios a un alma necesitada no sólo del bienestar corporal, sino también espiritual. Es posible imaginar el proyecto de una ciudad en donde los peligros son progresivamente alejados con tal de servir al hombre y a todos los nutrimentos que requiere. Siguiendo el modelo europeo, es la ciudad moderna: la que dispone de una estación de trenes para sus viajes, de una oficina de correos para sus comunicaciones, de un banco para sus finanzas, de diferentes clubes para su esparcimiento, de una plaza pública para sus encuentros, de universidades para su formación, de bibliotecas para su lectura, de museos para su memoria, y de paseos donde el hombre se siente a sus anchas – pero sin peligro – disfrutando de una naturaleza que, en otro contexto, le sería amenazante.

No obstante lo anterior, paso seguido, Orrego Luco critica el descuido con que, hacia 1909, se tiene a los árboles del Santa Lucía. Profanados, mutilados, parecen hablar de una costumbre nacional que no comprende el valor y la dignidad de un árbol. Si hoy en día, pudiera

³ Se respeta la ortografía original de los textos citados.

recorrer ese paseo monumental, no haría la misma crítica, pues las generaciones posteriores aprendieron a valorar la fauna y flora del cerro, creando un verdadero espectáculo de jardines y parques donde el juego y el amor (con sus facetas incluso transgresoras) encuentran lugar y expansión. Sin embargo, sin duda que condenaría la degradación del proyecto original, pues la modernización urbana ha terminado por rodear el cerro-parque con edificios altísimos que ya no permitirán ver desde su cumbre ni al San Cristóbal, ni los Andes azulados, ni el resto de la ciudad, como parecía ser el proyecto de Vicuña Mackenna. Más que una atalaya para contemplar la urbe, el Santa Lucía se ha convertido en un parque cerrado que no sirve para integrar y pensar la ciudad, sino para percibirse reflejado y encerrado por múltiples vidrieras que, como espejos, no ayudan a expandir la mirada hacia el horizonte sino a sentirnos repetidos en una reiteración que no tiene nada de trascendente, de espiritual, y ni siquiera de romántico.

1.4. Masas e intelectuales a inicios del novecientos

Llama la atención que, hacia 1910, Orrego Luco se refiera a la cuestión del fenómeno del surgimiento de las masas casi en los mismos términos con que lo hará más tarde Ortega y Gasset. El panorama de las aglomeraciones está presente de forma mayoritaria en la cultura urbana, amenazante, aburrida: “Así se abandona y se olvida a sí misma la mayoría de la humanidad, el gran rebaño social, esa masa de ilustres anónimos que nos rodea y que constituye un mar sin orillas, de eternos y monótonos oleajes” (*Selecta*, año 1, n° 10, enero de 1910). Pero, a diferencia de ese rebaño, están los artistas e intelectuales:

Pero existe un número reducido, un puñado de seres que viven una vida diversa de la masa, una existencia más alta y superior, una más intensa y poderosa, con mayor ensueño, con más hondas palpitaciones de vida, con rugidos, con sonrisas, con ternuras, con una mayor comprensión de los dolores y de las faltas ajenas, con mayor capacidad para penetrar en las almas ajenas, y asimilárselas, y vivir su vida y sacar de ellas una quinta esencia misteriosa. Esos realizan, en este mundo, la palabra sagrada de que muchos son los llamados y pocos los escogidos (*Selecta*, año 1, n° 10, enero de 1910).

Destaca, en este tipo de personas, la perfección o la superioridad moral y los compara con María, la que en el Evangelio aparece contemplando a Jesús, y no sobrecargada de actividad como lo hacía Marta. Se trata de sujetos especiales que muestran una “superioridad de sentimientos, un ardor de pasión particulares”. Capaces de “escuchar, absorberse, de arrojarse, de sutilizarse hasta convertirse en espíritu [...] con el eco eterno de las cosas que no se olvidan, que no pueden olvidarse, que no se olvidarán jamás” (*Selecta*, año 1, n° 10).

En términos concretos, Orrego Luco identifica esas características en lo que vendría a ser la “minoría selecta” de su época de formación, es decir, en las últimas décadas del siglo

XIX. Son aquellos que contribuyeron a dar una nueva configuración al campo cultural chileno y a su autonomización y que él recuerda como

el célebre círculo de la Bohemia de “La Epoca”, con niños revueltos con hombres, de donde saldrían con el tiempo, grandes artistas, personalidades geniales, hombres de mundo, poetas, pintores, soldados, literatos, nombres que llegarían a figurar muy alto. Influencias que se harían sentir muy lejos. En aquellos salones charlaron con ingenio inimitable Augusto Orrego, Vicente Grez, Isidoro Errázuriz, Máximo Lira, Julio Bañados, Gregorio Ossa, Alberto Blest, y entre los jóvenes, Rubén Darío, Pedro Balmaceda, Alfredo y Galo Irarrázaval, Lorenzo Montt, Narciso Tondreau, Jorge Huneeus y muchos otros que sería largo enumerar ahora. Figuraban pintores como Valenzuela y Molina, poetas como Darío, oradores como Errázuriz y Lira, novelistas como Grez (Selecta, año 1, n° 10, enero de 1910).

Ese era el grupo de intelectuales que descollaba en la década de 1880 y que Orrego Luco recuerda con nostalgia, agregando que esa generación se desgranó con la partida de muchos, y que “[a]penas si quedan unos pocos batalladores de ese grupo, los más jóvenes, los niños de entonces, los luchadores esforzados, los que a través de todos los desengaños conservan un amor o un ideal” (*Ibid*).

1.5. Modernidad o el arte del simulacro

La crítica a la modernidad a la chilena que Luis Orrego Luco hace en diversas de sus columnas se relaciona con un aspecto que aparece en varias obras literarias y artículos de intelectuales de su época. Algunas décadas antes lo había hecho Daniel Barros Grez con su comedia teatral *Como en Santiago*, que, habiendo sido publicada en 1875, sigue sorprendiendo por su vigente actualidad. En esa obra, es posible percibir la crítica a la modernidad provincial de la segunda mitad del siglo XIX, sostenida principalmente sobre la base de la imitación de lo que se está haciendo en Santiago, la ciudad capital. Del mismo modo, otros escritores, como Blest Gana y el mismo Orrego Luco, contemplan que la modernidad santiaguina está construida sobre la base de la imitación superficial de lo europeo, especialmente de lo que viene de París. En su crónica “Los viajeros”, fechada en junio de 1909, ironiza bastante al respecto. Véanse algunos ejemplos:

Todos quieren viajar y, sobre todo, como el personaje de la última novela de Blest Gana, se despepitan por “ir á gozar en París” la “vida corta y buena”. Y al cabo de un año se nos aparecen, los hombres, con unas corbatas multicolores, unos gabanes muy largos ó muy cortos, y las señoras con unos sombreros tan grandes que, colocados en el suelo, pueden usarse como biombos. Y después de tanto viajar, resulta que no han visto nada, que no conocen nada, salvo la torre Eiffel, el Palais de Glace ó el Café de Maxim. Uno que otro ha recorrido

los Museos al galope, y como no tenía considerable preparación artística, suele volver con la desagradable noticia de que la Venus de Milo no le agradaba “porque no tiene brazos” (Selecta, año 1, n° 3, junio de 1909).

- “¡Qué tierra esa de los gabachos, hijito! Me decía uno. No hay como París... en ninguna otra tierra he probado bisteches más jugosos...” (Ibid).

En cambio, cierto doctor, que cuando muchacho se daba ínfulas de hombre corrido, agregaba, guiñando el ojo: “A París hay que ir de soltero. El que se va con su mujer, se parece á los que van á un banquete llevando un sandwich en el bolsillo” (Ibid).

Anécdotas como esta reflejan, en cierto modo, el carácter provinciano del chileno que se acerca “al encanto singular de aquellas civilizaciones superiores” sin comprenderlas en su fondo, “si bien sufren su fascinación irresistible”. En comparación con otros extranjeros que, según Orrego Luco “se mezclan al mundo parisiense y forman su sociedad cosmopolita, brillante y exquisitamente fina”, “[n]osotros los americanos, y en particular los chilenos, preferimos la ostentación de una existencia falsa y ridículamente aparatosa”. No olvida, sin embargo, la autenticidad de otro tipo de viajeros que llegaron a Europa como emigrantes y se han formado profesionalmente o perfeccionado allí (Simón González, entre otros, y jóvenes profesores).

Todos estos aspectos permiten deducir que la apropiación del mundo europeo para nuestro país adquiere un matiz crítico cuando se refiere a un simple transplante de edificios, de parques, de museos que, en medida modesta replican la ciudades de París o Londres, preferidas en ese entonces, no entendiendo que dichas capitales y las naciones que representan se irguieron como modelo de civilización por otras razones que tienen que ver con el nuevo orden moral propuesto por las revoluciones políticas, científicas y tecnológicas.

1.6. Santiago de Chile, presente y futuro

Cuando Bernardo Subercaseaux, en la primera parte de su *Genealogía de la vanguardia en Chile* (1998), presenta un balance de la situación del país y de Santiago durante el año 1910, parece ser que el título de dicho apartado, “Mármol y barro”, resume apropiadamente el escenario de un país que ha logrado construir una fachada de civilización que imita la corte de Versalles, pero que, a pocas cuadras del centro de la Capital, hace evidentes las grietas de una modernidad dispareja, que no alcanza para todos y que tiene en el barro su más viva representación.

De forma similar, poco menos de cien años antes que Subercaseaux, Luis Orrego Luco advierte esa deformidad del modelo de desarrollo urbano. Lo hace ejemplificando esa cojera de nuestro progreso, como se cita al principio de este artículo. Una ciudad que posee una “temperatura deliciosa y siempre suave, salvo en el recinto del Teatro Municipal, donde es tan fría que recuerda el polo y hasta Dios tiritita” (*Selecta*, año 1, n° 5, agosto de 1909); una ciudad donde la Alameda de las Delicias, “esa hermosísima y dilatada avenida que corta á Santiago como el paseo de la Rambla á Barcelona” (*Ibid.*), junto a edificios modernos y fastuosos pa-

recen no tener nada que envidiar a las ciudades europeas, pero donde “[s]i se anda por las calles, á lo mejor el paseante se hunde en las zanjas de las alcantarillas particulares” (*Ibid.*); una ciudad donde “los olores que se perciben desde todas las esquinas de las calles, junto a las alcantarillas” (*Ibid.*), hacen recordar la frase de Don Quijote a Sancho: “no hueles, Sancho, precisamente a rosas”, es una ciudad que refleja ciertamente las deficiencias de su desarrollo.

La crítica urbana de Luis Orrego Luco refleja las características de nuestra propia modernidad deficitaria, desprolija y sin terminar. Son muchos más los ejemplos los que presenta de esta forma de concebir la ciudad y, por extensión, el modelo de sociedad que se quiere construir. Sin embargo, su optimismo moderno lo hace soñar un futuro promisorio en varios términos:

La ciudad del porvenir estará cruzada de anchas avenidas, con hermosos y encumbrados edificios construidos á prueba de temblores, con arcos de hierro. La vegetación crecerá lozana en los paseos, con palmeras, encinas y [...] plazas donde los niños jueguen cantando sus rondas infantiles. El agua será tan abundante que alcance hasta para beberla aún cuando con esto disminuya el alcoholismo y cierren sus puertas los bares y cantinas. [...] Abrirán sus puertas una veintena de teatros y café-conciertos con magníficas compañías dramáticas y de ópera. En todas las casas habrá caloríferos y chimeneas. [...] No existirán trusts que compren todas las frutas y las revendan cobrando treinta veces su valor. En fin... la ciudad de Santiago, una vez transformada, será seguramente encantadora, y nuestros bisnietos, que vivirán por lo menos unos doscientos años, se preguntarán, asombrados, ¿por qué sería tan corta la vida en aquellos tiempos lejanos de 1909? (Selecta, año 1, n° 5, agosto de 1909).

El optimismo de Orrego Luco, a pesar del presente de mármol y barro que le toca vivir responde a la promesa de la modernidad: abundancia, superación del frío y del calor, una vida más próspera y más prolongada (¡hasta doscientos años!). Participa todavía de una época en que la esperanza en la ciencia y en la técnica hace pensar en un porvenir de progreso sin límites, en el cual todo será superar problemas. No saben todavía que ese progreso acarreará, a su vez, nuevos problemas difíciles de resolver.

CONCLUSIONES

Luis Orrego Luco, en la columna editorial de la revista *Selecta* (1909-1912), presenta su propio balance con respecto al estado de avance, los desafíos, las deficiencias y promesas de la sociedad chilena cuando ésta cumplía ya cien años de vida republicana. Un hito importante se instala desde el comienzo: la instalación de la primera imprenta en Chile y, junto a ella, del primer periódico nacional, *La Aurora de Chile*. Su fundador, Fray Camilo Henríquez, con su personalidad misma y con sus escritos inaugura la nación letrada y él mismo se constituye en la figura representativa del intelectual que le corresponde. Orrego Luco, describe bien el rol

que cumple en el contexto del desarrollo de la formación de la nación en el siglo XIX, aunque no alcanza a advertir que ese tipo de intelectual es precisamente el que está desapareciendo a inicios del siglo XX, tiempo en que las nuevas condiciones culturales están propiciando un nuevo orden, caracterizado por la especialización de los distintos oficios.

Orrego Luco advierte cómo en Chile las masas están emergiendo y recobrando su lugar. Frente a ellos, está esa minoría de intelectuales y artistas que procede especialmente de la década de 1880 y que contribuyó al desarrollo de una renovación especial en el campo de las artes y las letras.

Destaca, aun cuando representa de algún modo la cultura oficial ilustrada, las deficiencias y la superficialidad del modelo de desarrollo moderno chileno. Precisa que la imitación de lo europeo tiene mucho más de *snob* que de auténtico esfuerzo por reproducir un modelo de verdadero progreso.

En medio de todo, como símbolo, destaca las construcciones de la época, especialmente el significado simbólico que atribuye a la urbanización del cerro Santa Lucía, como signo de una modernización que materializa el triunfo de la civilización sobre la barbarie. Es ese precisamente el punto de partida de un mundo nuevo que espera ver realizado en plenitud hacia el futuro, es decir, una sociedad que pueda vivir descansadamente frente a los temores que presenta la intemperie y que ofrece la satisfacción de todas las necesidades del ser humano, el cual espera vivir en la abundancia, el orden y el desarrollo de todas sus facultades materiales y espirituales.

La revista *Selecta* ha permitido la negociación exitosa de Luis Orrego Luco. En sus editoriales, no dejará de ser él quien habla, lo cual queda demostrado en los tópicos tratados en su obra narrativa. Y ese discurso retomará una y otra vez las entradas clave de su escritura: razón, educación, modernización, proyecto urbano humanizado, progreso, civilización. Las novedades de la tecnología y de la ciencia no habían demostrado aún sus grietas. Orrego Luco, a esas alturas, era un hombre de antes de la crisis.

BIBLIOGRAFÍA

D'Halmar, Augusto. 1975. *Recuerdos olvidados*. Santiago de Chile: Nascimento.

DIBAM. "Selecta (1909-1912) Presentación" [en línea]. Disponible en Memoria Chilena, [http://www.memoriachilena.cl/temas/index.asp?id_ut=selecta\(1909-1912\)](http://www.memoriachilena.cl/temas/index.asp?id_ut=selecta(1909-1912)). (visitado el 16 de agosto de 2012).

Gargurevich, Juan. 1982. *Géneros periodísticos*. Quito: Ediciones Belén, CIESPAL.

Melfi, Domingo. 1945. *El viaje literario*. Santiago de Chile: Nascimento.

Subercaseaux, Bernardo. "Pensamiento operante y construcción de nación durante el siglo XIX". En Manuel Loyola (Editor): *Proyectos nacionales en el pensamiento político y social del siglo XIX*. Santiago de Chile: Ediciones UCSH, segunda edición, 2000: 165-171

Yanes Mesa, Rafael. 2004. "El artículo, un género entre la opinión y la actualidad". *Revista Latina de Comunicación Social* n°58. Tenerife: Universidad de la Laguna.